EL ÚLTIMO EDÉN

ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

Dos relatos:

La Tía Dorotea

Dicen que lo vieron

La Tía Dorotea es un sencillo relato basado en un hecho real. Esta mujer existió. Vivió y tuvo su humilde casa en las montañas del Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas. Justo en la Sierra de Segura, solana de Las Lagunillas, por donde nace el arroyo de los Frailes. Muy pocas personas saben de esta historia y menos saben el lugar exacto donde estuvo su humilde cortijo.

El Poema "**Dicen que lo vieron**", es un tremendo desgarro, símbolo de los muchos desgarros que vivieron y sufrieron muchos de los serranos que ya no están para contarlo. A unos y a otros los maltrataron, quitándoles sus tierras, sus casas, sus raíces, su centro en esta tierra y en el Universo. Sirvan estos dos sencillos relatos como homenaje los que fueron y nunca pudieron contarlo.

LA TIA DOROTEA

ESTOY SENTADO DONDE EL ARROYO se abre en dos por entre las rocas y en el sillón de musgo verde, aunque seco porque es agosto, que Tú me has preparado. Por los lados, al frente y a las espaldas me rebosa y arropa el bosque y mientras me baña su sombra espesa y me perfuma el rumor de la corriente saltando la estrechura de las rocas, observo atento el silencio entre la espesura de las hojas y me distraigo con las que de vez en cuando se desprenden y caen al suelo. Noto que muchas de ellas ya están secas pero otras todavía están verdes y, sin embargo, se sueltan de sus ramas, trazan dibujos por el aire mientras caen y sobre las piedras, la tierra e incluso sobre mi propio cuerpo, se paran y se mezclan con las que cayeron ayer, hace dos días, el año pasado y las de hace diez años. ¡Qué cantidad de hojas tiene el suelo de este bosque y en su silencio!

Estoy mirando algo distraído sin dejar de estar contigo y a lo lejos y sobre el cerrillo, veo el rodal de tierra donde estuvo la casa, la pequeña casa del misterio y hasta los veo a ellos, aunque ya no están, dentro. El

padre, la madre, el hermano y la hermana y el padre, aquella mañana de invierno, Tú te lo llevaste y acepto que porque lo tendrías escrito y los que quedaron, también un poco ya murieron. Unos meses más tarde la madre preparó cuatro cosas al hermano y en una maleta de tablas viejas metió él dos cosillas más, cargó con ella, bajó por la senda que desde aquí estoy viendo, cruzó la llanura y el estrecho del río por donde se rompe la sierra y desde aquel día, el hermano todavía no ha vuelto.

Y en la casa pequeña y blanca que se alza sobre el cerro frente al gran valle de la hierba verde y de la sierra a lo lejos limpia y eterna, trajina la madre y la hija con las tierras del huerto, el agua del arroyo, las cuatro cabras blancas, las gallinas, el centeno y la tierra dura y las muchas piedras donde siembran los garbanzos, el trigo negro y los panizos y perales y los membrillos y los ciruelos... y cuando por la noche se llenan los barrancos de la soledad y el silencio, las dos se mente en su casa y sentadas frente al fuego se calientan en las llamas y piensan en Ti como Padre bueno y les llora el corazón de tanto frío, tanta lucha, tanta ausencia y tantos recuerdos y luego se estrujan las lágrimas y cuando ya la noche va

por su centro, se meten en la única cama y se calientan y se animan y quieren coger el sueño mientras en la ladera de la montaña, entre las rocas y el monte espeso, se estrella la nieve fría del crudo invierno, se hielan las cascadas por los barrancos y silba el viento y así hasta el amanecer y luego otro días más, otro mes, otra primavera y otro año y más silencio.

Hasta que una mañana al levantarse la hermana, ayuda de la madre, descuelga la sartén del humero, preparan las dos sillas de patas cortas, las cabras, las gallinas y el perro y con el burro cargado, como si lo estuviera viendo, se viene por la vereda que sale por debajo del huerto, atraviesa las madroñeras y por donde la senda salta nuestro arroyuelo, se pierde camino de las tierras llanas del valle, del rincón viejo, de la senda ancha, del vado grande del río y luego, del camino que se aleja de la sierra y al frente, tu corazón de padre y el cielo abierto y Colgando sobre el horizonte blanco, su fantasía y su sueño.

- Que escribas, hija y me cuentas cómo te van las cosas y vuelve cuando quieras o puedas que yo te quiero.

Recuerdo que su cortijo no se ve desde el valle porque lo tapa el voladero por donde se despeña la cascada grande y hay que subir y remontar la primera parte de la ladera y a pesar de eso, se ve sólo cuando ya se está encima. Desde el camino viejo, que ahora es la carretera del asfalto, subía la senda que iba derecha a su cortijo y como lo tengo todavía tan fresco, recuerdo que en el cortijo del valle, aquella noche junto al fuego, la abuela me lo contó y ahora, mientras sigue avanzando la tarde y con mis ojos recorro el cerro y me distraigo en ver las hojas que desde el bosque van cayendo, lo repaso en mi mente:

“Tendría ella muy claro en su cabeza las cosas y en el fondo sabía bien lo que quería, porque de otro modo no se explica lo que hizo porque nadie llegó nunca a comprenderlo aunque sí respetamos y aceptamos aquella decisión que le llevó a la soledad más absoluta hasta el día final y por eso te decía que esa mujer fue un héroe y a demás una santa.

El caso es que como se hacía vieja porque el tiempo no pasa sin dejar huellas y vivía tan sola, a todos nos

preocupaba que un día le pasara algo. En una ocasión, ahí, al cortijo grande, vinieron las señoritas y una de ellas, que era una buenísima persona, ya andaba, desde hacía algún tiempo preocupada por la soledad de la anciana. Le preocupaba a ella mucho que la mujer siendo ya tan mayor, viviera sola en un monte tan agreste y grande como era este cerro.

- La pobre mujer, un día de estos, cuando menos lo esperemos, le va a pasar algo y sola como está, a ver quien le ayuda.

Decía una y otra vez la señorita.

- En eso tienes razón y nosotros somos los que de deberíamos tomar medidas.

Le contestaba la señora hermana.

- Pues hoy tenemos que subir al cortijo de la anciana a ver si la convencemos y se viene con nosotros a la casa del pueblo.

- La idea es estupenda porque, además, es obra de caridad pero ya verás como la abuela no quiere y si acaso logramos convencerla, verá como otra vez se vuelve ella a su cortijo.

Le decía el mayoral de las cabras.

- Tenemos que intentarlo porque la pobre mujer allí sola, corre peligro.
- Pues siendo así, estoy dispuesto a echar una mano en lo que la señorita necesite.
- Por ahora, lo único que necesitamos es que nos acompañes hasta su casa. Tú sabes por dónde va la senda y como conoces bien el terreno, seguro que llegamos porque nosotras solas ¿a dónde vamos por estas tierras tan llenas de monte y escarpadas?
- Eso está hecho. Les acompaño a ustedes hasta el cortijo de la anciana porque también estoy de acuerdo en hacer algo por la mujer antes de que un día se muera en la pobreza y sin compañía de nadie.

Así que aquel día salieron temprano del cortijo grande y se pusieron en camino monte arriba en busca de la abuela. Estaba ya yéndose la primavera y entrando el verano y por eso en cuanto el sol se alzaba en el cielo pegaba fuerte sobre la solana. De aquí que ellos procurasen salir rayando el alba a fin de llegar pronto y volver para medio día a comer a cortijo grande. También por esto, aquella mañana era todo un espectáculo la gran ladera. Las vacas pastaban por las cañadas, los rebaños

de cabras atravesando los madroñales y las manadas de ovejas subían o bajaban buscando las mejores praderas junto a las corrientes de los arroyos.

Los tres se pusieron en camino ladera arriba guiados por el mayoral de las cabras y como la señorita, aunque era una excelente persona, no estaba acostumbrada ni a las sendas ni a las cuestas de estos montes, pronto tuvo problemas.

- ¿Qué le pasa a usted, señorita?

Preguntó el mayoral.

- Como estás viendo, se me han roto los zapatos y los pies me duelen tanto que no puedo más.

- Si quiere nos volvemos y otro día subimos.

- Eso ni hablar. Hoy tenemos que llegar hasta donde vive la abuela aunque a mí se me llenen los pies de heridas.

- Pero sin calzado no se puede andar por estos montes.

- Vosotros los serranos sí os movíais por aquí con total agilidad, con los pies cubiertos por simples esparteñas y además de ser felices, camináis por estas sendas a diario venciéndolas un día y otro sin problemas.

- Pero no es lo mismo, señorita. Usted no está

acostumbrada y es normal que esta subida le resulte dura. Si usted, el problema de su calzado lo arreglo enseguida.
- ¿Qué se puede hacer?
- Le dejo mis zapatos que casi son de la misma medida. Usted se los pone y ya verá como seguimos subiendo y llegamos.

A la señorita le gustó la idea y por eso no tardó en ponerse los zapatos del mayoral. A media ladera, bajo la sombra de un pino, se sentaron y mientras él se quitaba los zapatos de esparto y ella se los iba poniendo, a la mente de la muchacha acudió la imagen del tesoro de la abuelita.
- ¿Es verdad o no?
Le preguntaba al mayoral.
- ¿Por qué me lo pregunta?
- Es que lo he oído bastantes veces de unos y otros y claro, aunque no le doy crédito, al final una llega a dudar. Ahora que tengo la oportunidad te lo pregunto a ti porque creo que sí estarás bien informado.
- Pues mire usted señorita, lo que sé es poca cosa y desde luego todo también pura habladuría porque el

tesoro de la anciana yo no lo he visto nunca y creo que tampoco lo ha visto ni tocado nadie.

- Y lo que sabes ¿qué es?

- Sé que ella, al parecer, andando un día por estos montes se tropezó con unas rocas raras que nunca nadie había visto y que eran como piedras preciosas. Dicen que eran trozos de piedras que brillaban como el cristal, con la superficie pulida, tan suave como la espuma y transparentes como el viento. Unas piedras en forma de cristales de un kilo o así de peso y que se encontraban sueltas en una ladera oculta entre el monte. Allí mismo y más abajo, también encontró otras pocas piedras de aquellas, transparentes y brillantes como las primeras pero de color morado intenso. Según yo he oído decir, ella cogió sólo unas cuantas y se las trajo a su cortijo. En el lugar de hallazgo se dejó las demás pensando que un día, nadie sabe cuando, volvería para decírselo luego a todo el mundo y si de verdad esas piedras son buenas, venderlas y hacerse rica.

Esto es lo que a mí me dijeron unos y otros, cosa que nunca llegué a creer del todo ni tampoco pongo en duda. Por que ¿quién sabe si pudiera ser verdad?

- Ya te digo que también lo he oído pero claro, piedras preciosas aquí en estos montes nunca se dieron y por otro lado, si tanto se habla, mientras no se compruebe ¿cómo negarlo?
- Yo estoy pensando que como usted es una persona muy educada y sabe cómo tratar a la abuelita, cuando lleguemos le puede preguntar y a lo mejor se anima y nos lo cuenta. ¿Qué le parece?
- Me parece bien pero ten en cuanta que mi interés en ir hasta el cortijo y verla ya sabes que es por otro asunto ¿Crees tú que ella se vendrá?
- A ella, como a todos los buenos serranos, le resulta más que duro, casi imposible dejar el rincón donde en estas sierras ha vivido. Los demás valores y cosas de la tierra no tienen interés para una persona como la abuelita. Los serranos, los auténticos hombres y mujeres de estas sierras, siempre hemos llevado dentro estos valores y eso no hay cosa en el mundo que lo cambie. Habremos sido más pobres y hasta con menos formación que otros pero a valores humanos llenos de sincero amor, nadie nunca nos ganará.
- En fin, cuando lleguemos y le hablemos veremos lo que piensa y hace.

Así que una vez descansada y con los zapatos repuestos, el mayoral de las cabras, la señorita y la hermana, siguieron subiendo por la senda que surca el monte en busca del cortijo perdido, como ellas lo llamaban. Pero como esta ladera es tan larga y tan mala y tan áspera de andar, media hora más tarde, ahora era la hermana la que ya no podía más.

- ¿Qué le pasa señora?

Le pregunta el mayoral.

- Pues que estoy tan agotada que no puedo con mi cuerpo.

- Si pudiera hacer un esfuerzo, en nada de tiempo estaríamos en el cortijo.

- Lo siento pero en estos momentos no tengo fuerzas ni para dar tres pasos más.

- Pues nos volvemos.

- Ya que hemos llegado hasta estas alturas tenemos que seguir.

A mí me dejáis en la sombra de estos pinos y aquí os espero. Vosotros seguí porque ella necesita de compañía humana y si lográis que se venga, daremos por bien

sufrido este esfuerzo.
- Si usted se queda le voy a decir que no se mueva de la sombra de este pino no sea que se meta por el monte y se despeña por algún barranco de estos. Usted quédese aquí a la sombra, respirando el aire fresco que sube del valle y gozando de la hermosa panorámica y cuando volvamos, regresamos juntos. Sola no se va a quedar porque a mi perra le voy a pedir que se esté aquí con usted dándole compañía y ya ve que las vacas también pastan por aquel barranco que aunque parezca que no, los animales acompañan.
- Yo haré caso a lo que usted me diga y aquí me quedaré esperando.
El mayoral miró a la perra grande y le dijo: "Aquí te quedas con el ama y ya sabes, cuídala que no le pase nada" y el animal parece que comprendió lo que le dijo el dueño.

Así que la señorita y el mayoral de las cabras siguieron subiendo ya bastante más reconfortados porque el cortijo no quedaba lejos y tampoco tenía mucha complicación el trozo que faltaba. En unos minutos remontaron una lomilla, atravesaron un buen trozo de

bosque, alcanzaron una repisa y ya tenían antes sus ojos el cortijillo de la abuela.
- Verá usted que sorpresa se va a llevar cuando nos vea porque como no nos espera y como por el lugar viene tan poca gente, sin duda que no se lo va a creer.
Le decía el mayoral.
- Y no sé porque pero hasta me siento alegre del encuentro. Debe ser tan buena la abuelita y debe sentirse tan sola que hasta siento gozo de este encuentro.

Y así fue: la abuela estaba sentada frente a la lumbre de la chimenea cuando ellos entraron y la cogieron desprevenida.
- Somos gente de paz.
Le dijo el mayoral acercándose y besándola. Se volvió la abuelita y nerviosa dijo:
- Yo te conozco a ti y me alegro que vuelvas pero esta zagala no sé quién es.
- Es la señorita del cortijo grande que ha tenido el gusto de venir a tu casa porque quería conocerte y darte un rato de compañía.
- Pues hija mía, yo ni tengo nada qué ofrecerte ni te puedo enseñar nada porque ya ves qué chico es mi cortijo

y qué pocas cosas hay en él. Un cuartucho con mi cama, una mesa destartalada, una silla y la lumbre que siempre arde porque es la única compañía que tengo. Así que bien venida a mi rincón y siéntate frente a la lumbre que es lo único que puedo ofrecerte y un baso de agua fresca, si quieres.

- Hermana, yo estoy encantada sólo con estar junto a usted y por eso todo lo demás me sobra. Hemos venido nada más que para estar un rato con usted y charlar y como ya estoy en su casa y la tengo aquí a mi lado, me sobra cualquier otra cosa. No necesito de nada porque no venía buscando sino su presencia y el calor de este hermoso cortijo con su lumbre y la paz que en él hay.
Le dijo la señorita.
- Pues gracias, hija mía, por tu generosidad que ya veo que es como la de todos los jóvenes de hoy en día, sincera y noble. Una no se merece tantas atenciones porque una no hizo nunca nada en la vida por los demás y fíjate que ahora, cuando ya soy vieja, todo el mundo os preocupáis por mí como si yo fuera importante. Todos los jóvenes de hoy tenéis buen corazón y sois tan generosos conmigo que en ocasiones hasta me siento

avergonzada. ¿Por qué te has tomado tantas molestias en subir ese camino tan malo?

- Es que ya le he dicho que teníamos interés en conocerla y estar aquí un rato a su lado para charla de algunas cosas.

- La verdad es que no sé de qué cosas vamos a charlar.

- Hablamos primero de sus cosas y luego yo le contaré un plan que estoy pensando.

- Pues de mis cosas, como no te cuente los ratos que me paso buscando níscalos y caracoles que luego llevo a los que viven en los cortijos del arroyo, como no te cuente lo buenas que son esas personas conmigo que cada vez que voy por allí me dan tantas comida que luego tengo que dar dos viajes para subirlas a mi cortijo, como no te cuente que ellos me repiten una vez y otra que deje de vivir sola en este cortijo porque algún día me va a pasar algo, como no te cuente alguna de estas cosas, no sé de qué puedo hablar contigo a no ser que te cuente el sueño que tanto se me repite cada noche.

- ¿Y qué sueño es?

- Pues mira, los sueño mucho y en él siempre veo algo que en la realidad de mi vida nunca vi con estos ojos.

- ¿Qué ve?
- Lo primero una gran montaña que se parece a esta donde vivo pero que es más grande y con paisajes y laderas distintas. Y sobre la gran montaña, arriba, casi en la cumbre, siempre una manada de búfalos que viven como si estuvieran encerrados, pastando en las praderas que sobre la cumbre tiene esa montaña y nunca pueden bajar a los pastos de la llanura.
- ¿Por qué no pueden bajar?
- Primero porque unas grandes paredes de rocas se lo impiden y segundo, porque también se lo impide un grupo de hombres que guardan la montaña.

En una ocasión, en mi sueño, le pregunté a uno de los hombres por qué forzaban a los animales a vivir sobre la cumbre donde aunque tienen praderas, las que hay por las partes bajas también son buenas y están repletas de finas hierbas ¿y sabes lo que me dijo?
- ¿Qué le dijo?
- Pues que no dejaban que los animales bajaran a las praderas de las laderas y del valle porque todas las tierras eran para los visitantes. “Los animales que ahora pastan por la cumbre de esta montaña, son una reserva que

hemos acorralado en las alturas para que no se acaben y donde los visitantes no llegan tanto. Es decir: las cumbres para los animales de donde no pueden salir porque todas las otras tierras de las zonas medias y los valles son para los visitantes que desde aquí los observan tranquilos pastando por la tierra de la cumbre".

Esto fue lo que me dijo aquel hombre cuando le pregunté y la verdad es que ni me gustó su respuesta ni me gustó ver lo que con esos animales han hecho. Los han dejado aislados sobre las cumbres, cerrándoles todas las puertas hacia otras tierras como si fueran piezas de museo que quieren conservar pero privándolos de vida. ¿Tú crees que eso está bien?

- Yo creo que no porque las personas serán importantes pero quitarle las tierras a los animales para dejarlos encerrados entre las rocas de la cumbre, tampoco me parece bien. Pero en fin, vamos a lo nuestro.

- ¿Y qué es lo nuestro, hija mía?

- Pues que me gustaría que se viniera a vivir a mi casa.

Cuando la señorita terminó de pronunciar estas palabras, la anciana la miró y no respondió enseguida,

sino que guardó silencio y durante un rato permaneció pensativa, como si buscara alguna vivencia entre sus recuerdos sobre la cual apoyarse para responder. También la señorita empezó a preocuparse, ante la duda de si habría molestado o no a la abuelita con aquella pretensión. Miró al mayoral como esperando que él le echara una mano y al instante se fijó en la abuelita otra vez y le dijo:

- Bueno, lo que acabo de decir no tiene por qué ser ahora mismo. Usted se lo piensa con todo el tiempo que necesite y cuando otro día volvamos, me dice si quiere o no venirse a la casa que tenemos en el pueblo

- La verdad es que yo te agradezco la generosidad pero creo que la respuesta te la puedo dar ahora mismo.

- ¿Y cual es?

- Pues que si me fuera con vosotros a vivir a ese pueblo no me sentiría feliz. A mí nunca me gustó ni molestar ni ser una carga para nadie. Aunque vosotros seáis buenos amigos, pienso que no dejaré de ser una molestia en la casa. Estaréis pendientes de mí para la comida, el vestido, si hace o no, frío o calor... en fin, un montón de cosas que a la larga serán molestas para vosotros. Y por otro lado también estoy pensando que si no me

encuentro agusto, por lo que ya antes te he dicho, y porque aquel no es mi mundo, ¿quién puede asegurar que un día no me saldré de la casa vuestra y sin deciros nada me vuelvo otra vez a este cortijo?

- Si eso ocurriera nadie se iba a enfadar. Comprendemos que está en su derecho y que sus cosas y sus recuerdos son más fuertes que cuanto nosotros podamos darle.

- Pero tú fíjate qué faena y a vosotros que tan buenos sois.

Por eso ya te decía que es mejor no irme a esa casa que tenéis en el pueblo. Yo ya estoy muy acostumbrada a vivir en este cortijo encima de la ladera y entre el monte. Tan acostumbrada estoy a la lumbre y al candil que el problema para mí iba a ser lo contrario: hacerme a la luz eléctrica y esas comodidades que ponen en vuestras casas. Yo sé que iba a echar de menos el calor de la lumbre con la chimenea y el chisporrotear de los tizones ardiendo lentamente. Tampoco me iba a sentir bien en una cama con finas sábanas ni en un cuarto de baño con grifos y todas las cosas que allí tenéis.

Yo estoy muy acostumbrada a este cuartucho mío y a

lavarme de vez en cuando, en el charco del arroyo que corre por aquí y te aseguro que esto no es ningún sacrificio para mí. Tan poco es ningún sacrificio levantarme cada día al salir el sol, encender la lumbre, darle de comer a las cuatro gallinas, ir a la huerta a regarla, salir al monte a recoger leña, ordeñar las cabras y recoger piñas secas para cuando llegue el invierno. Tan acostumbrada estoy a estas cosas y tantas veces las he hecho a lo largo de mi vida, que si ahora me faltan, creo que me aburriría mucho. Y sé que tú estás pensando que con mis años, algún día me faltarán las fuerzas para arreglarme sola. También he pensando eso pero como mi vida y mi suerte, desde hace tiempo, la tengo en las manos del Señor, yo confío en que El vaya cuidando de mí hasta el día en que decida llevarme a su lado. Y ya termino. No tengo nada más que decirte sino que te agradezco tu sincera muestra de cariño.

Al terminar la abuelita de pronunciar estas palabras, la señorita permaneció en silencio. No sabía qué decir por la gran claridad con que la anciana se había expresado. Miró al mayoral y con gestos, éste le dijo que no siguiera insistiendo, se dirigió de nuevo a la abuelita y le dijo:

- De todos modos usted lo sigue pensándolo y si algún día quiere venirse no tiene nada más que decirlo.
- Como ya sé que vosotros me queréis y como el mayoral viene por aquí de vez en cuando, pues si cambio de opinión, se lo digo.
- En eso quedamos y ahora nos vamos que en mitad de la cuesta, nos espera la señora.
- Pero ya que estáis aquí tenéis que compartir conmigo un tazón de leche. Es de mi cabra y está recién ordeñada.
- Lo aceptamos pero no queremos ser pesados.
- Me estáis dando compañía y eso es importante para mí.

Y sin más, los tres se sentaron frente al fuego de la chimenea donde, en una olla de barro, la abuelita tenía calentita la leche. Echó una poca en los tazones también de barro y mientras se la iban tomando hablaron de la huerta, del cortijo tan solitario en aquel monte, del trozo de pared que el último invierno se le había caído por el lado del arroyo, de los hijos que se fueron y nunca más volvieron, de los ciervos que cada noche bajaban y se comían las lechugas y los árboles frutales, de las nogueras viejas que este año no han dando nueces porque los hielos la habían quemado.

- Cuando ya tenían las flores brotadas, porque la primavera se adelantó, vinieron los hielos y quemó y las flores.
Decía la anciana.

Hablaron también de los caracoles, de los espárragos que por todo aquel monte crecían, de los nidos de perdiz al llegar la primavera, de las nieves, de las lluvias y la crecida de los arroyos y cuando ya iba llegando el día a su centro, el mayoral y la señorita se despidieron.
- Que volváis.
- Volveremos y nos estaremos aquí más rato.

Emprendieron por el regreso ladera abajo y en cuanto empezaron a alejarse, comenzaron a comentar las impresiones que la abuela había dejado sobre sus almas.
- Lo feliz que es y la paz que tiene a pesar de que parece lo contrario.
- Es lo que la mayoría de nosotros nos decimos y por estas razones la respetamos tanto, dejándola con sus cosas y su mundo a pesar del peligro que tiene.
Decía el mayoral y en estos momentos sientes voces.
- ¡Espera!

Exclama la señorita. Detuvieron el paso y atentos escucharon. Oyeron otra vez un fuerte grito y ahora más claro.

- ¡Es la señora!

Exclamó el mayoral.

- ¿Qué le pasará?

- Bajemos aprisa no sea que le ocurra algo.

Ambos descendieron rápidos por la senda, atropellando monte y cuando trazaron la curva del pino grande, la vieron. La señora estaba acurrucada contra el tronco del árbol, defendida por la perra del mayoral que reculada en sus pies hacía cara a todo lo que se acercaba a la señora mientras ella gritaba llena de miedo.

- ¿Qué ha pasado?

Preguntó enseguida el mayoral.

- Una vaca me ha atacado.

- Pero si estas vacas no son bravas.

- No serán bravas pero yo me he salvado de milagro. Si no llega a ser por la perra ahora estaría por el monte todo hecha polvo.

- Tranquilícese señora, que ya estamos nosotros aquí para ayudarle en lo que haga falta. Pero me interesa

saber qué es lo que ha pasado y cómo porque hasta hoy tenía creído que mis vacas no envestían a la gente. Si resulta que sin saberlo en mi manada tengo alguna brava, tendré que tomar medidas antes de que algún día ocurra lo peor. A ver, cuénteme usted.

- Yo estaba sentada bajo la sombra del pino tal como me indicó y tan agotada me encontraba que ni siquiera me apeteció levantarme para dar un paseo y resulta que estando tan tranquila, de pronto, siento un gran tropel. Venía de allí, del lado del arroyo y claro, enseguida miré asustada y más me asusté cuando vi lo que era.
- ¿Qué era?
Preguntó la señorita.
- Una enorme vaca que con la fuerza de un huracán, atravesaba el monte y rugiendo en mi busca. Traía el rabo alzado, la cornamenta bien preparada hacía adelante y mientras mugía, se retorcía salvaje dando saltos por entre el monte y las rocas. Parecía como si me hubiera visto porque venía toda derecha a mí con la mala intención de llevarme por delante.

Me levanté asustada, me aplasté contra el tronco del

pino y menos mal que la perra enseguida la vio, salió a su encuentro y poniéndose delante, le hizo cara dando grande ladridos. Se ve que la vaca le teme a la perra y por eso torció su carrera y sin dejar el trotar endemoniado que traía, siguió saltando por el monte y se perdió ladera abajo. ¡Pero válgame el cielo qué susto al verla tan cerca y con la carrera que traía! Vamos que me hubiera lanzado por los aires y me hubiera tirado barranco abajo por este monte de no ser por la perra.

- Ya ha pasado todo, señora, y gracias a Dios que no ha ocurrido nada. Así que se tranquilícese porque, además, le voy a decir qué es lo que le ocurría a ese animal.
Al pronunciar estas palabras, tanto la señorita como la señora, se le quedaron mirando y ansiosas esperaban la explicación del mayoral.
- ¿Qué ha sido?
- En primer lugar ni la vaca es brava ni le quiso atacar.
- ¿Entonces?
- Pues que al animal le ha picado la mosca, como le pica la mosca a todas las vacas en la época del calor y se puso a correr, que es lo que siempre ellas hacen para defenderse de la molesta picazón que el insecto le

produce.

- Pero señor mayoral, eso “de picar” la mosca ¿qué es?

- Científicamente no sé explicarlo pero en mi lenguaje y en mi experiencia de todos los días, sí lo puedo describir. Lo de la mosca en las vacas, pues es eso: unas moscas grandes que atacan a los animales produciéndoles un escozor muy doloroso y por eso salen corriendo. Se les mete entre las pezuñas de los pies y es ahí donde les pica para chuparles la sangre. Al hincar el aguijón les inyectan un veneno que por lo visto debe ser muy doloroso y claro, como en esa parte del cuerpo las vacas no tienen ningún medio para espantar a las moscas, lo único que se les ocurre es salir corriendo. En esa huida loca que parecen que van rabiosas, siempre buscan la espesura del monte, los arroyos de aguas y las sombras de los árboles porque creen que de ese modo se quintan de encima la picazón de tan molesto insecto.

La vaca que hace un rato usted ha visto por aquí ni es brava ni venía con intención de atacarle, sino que corría con el rabo empinado y con la mosca entre las pezuñas. Seguro que el animal ni siquiera sabía que bajo este pino descansaba la señora, y claro, también se habrá

llevado una sorpresa.
- Yo no sé si será así o no, el caso es que sino hubiera sido por la perra de usted la vaca me habría destrozado. Ya le digo que la perra se puso delante, haciéndole cara y ladrando de tal modo que si la vaca hubiera insistido acercase hasta mí, yo estoy segura que lo habría tenido que hacer por encima de la perra. Su perra desde hoy pasa a ser mi amiga y tanto que hasta me atrevo a pedirle que me la regale para que me la lleve conmigo al pueblo.

Al oír estas palabras, el mayoral se sintió un poco preocupado. La hermosa perra que en estos momentos la señora quería, era su mejor compañera también de toda la vida. Siempre que el mayoral iba por el monte cuidando las cabras, la perra le acompañaba y siempre que tenía que mover las cabras de acá para allá, era la perra la que se encargaba de conducirlas. Tan compenetrados estaban los tres, cabras, perra y mayoral, que sin tragedia ni violencia todo funcionaba perfectamente. El mayoral daba las órdenes, la perra las ponía en práctica y las cabras obedecían con la más sabia inteligencia. Si ahora la señora se encaprichaba con la perra y se la llevaba a su casa, para él, iba a ser un extravío. Pero como era la

señora, si el mayoral se negaba al capricho, podría ella sentirse contrariedad. Por eso preocupado dijo:

- La señora, desde hoy esta perra mía es suya y estoy segura que a ella también le gustará tener una nueva dueña como usted pero si me permite me voy a atrever a dar mi opinión.

- ¿Cuál es tu opinión?

- Que como el animal se ha criado conmigo, en medio del monte y junto a las vacas, si ahora, de la noche a la mañana, se la lleva a la casa suya del pueblo, puede sentirse extrañada.

- ¿Qué se le ocurre que podemos hacer?

- Como sé que usted ha quedado agradecida a esta perra por lo que ella ha hecho hoy, creo que lo mejor es eso: que a partir de este momento la considera suya propia y para siempre, cosas que ella se lo va a agradecer desde el primer día pero vamos a dejarla como siempre estuvo, aquí conmigo, junto a las vacas y en la sierra y cuando usted venga por aquí, se la lleva para donde quiera ¿Qué le parece?

- Pues que es buena idea. Usted mejor que nadie la conoce y sabe cómo cuidarla pero tenga en cuenta que mientras viva tanto ella como yo, nos pertenecemos.

Nunca podré olvidar lo que hoy ha hecho por mí.

A partir de este momento, los tres y la perra detrás, siguieron bajando por la senda y una media hora después, ya estaban en la casa de cortijo grande. Allí hablaron del encuentro con la anciana, de la vaca brava y la perra y del proyecto para el futuro que de todo aquello había brotado. Aquel día la tarde se les pasó rápida y en cuanto se hizo de noche, el valle y laderas, quedaron cubiertas por las nubes negras de una gran tormenta. Empezó a soplar el viento y a tronar a primera hora y antes de que la noche llegara a su centro, la lluvia comenzó a caer con fuerza. En su pequeño cortijo, la anciana se despertó asustada y aunque enseguida se dijo que aquello era una tormenta como tantas, al poco empezó a tener miedo.

Llovía en forma de diluvio y soplaba el viento arrancando las tejas del cortijo y doblando el monte. Se llenó ella de miedo y mientras se acurrucaba junto a la cocina por donde le empezó a entrar el agua y la ponía empapada e inundaba la estancia, la preocupación se le metió hasta en lo más hondo del alma.

“Después de esta nube mañana subirá otra vez esa señorita y como va a ver el cortijo roto, inundado y sin techo, quiera yo o no, me sacarán de aquí y me llevarán con ellos a su pueblo. Seguro que sucederá eso y entonces me moriré de tristeza. ¿Qué haré en un pueblo extraño sin mi huerto, sin mis gallinas, sin mis cabras, sin mi sierra? Me moriré de pena sin remedio aunque ellos piensen que me están dando la felicidad. Sin nada que hacer, porque no me dejarán que haga cosas, sin libertad para levantarme e ir donde quiera y sin animales ni monte, ¿cómo me voy a sentir feliz por más rodeada que me encuentre de personas y ciudades?”

Esto es lo que pensaba la anciana, en la oscuridad de su cortijo mientras la tormenta descargaba y los truenos resonaban por los barrancos. Este era su miedo en el centro de la ladera, la densa oscuridad de la noche y en la lejanía del cortijo.

“Así que antes de que esto suceda mejor sería que el Señor esta noche, se apiadara de mí y me llevará con él definitivamente. Las personas que a partir de ahora me

rodeen, sólo van a traerme sufrimientos, aunque ellos piensen que me hacen bien. Mejor sería que esta noche el Señor se apiadara de mí y me recogiera ya, antes de que ellos me complicaran más la vida”. Seguía diciéndose toda llena de miedo y empapada por la lluvia.

En aquella ocasión, a media noche dejó de llover, se apaciguó el viento y cuando al día siguiente amaneció, sobre la ladera y el valle, lucía un sol de oro con tonos de estrellas blancas. En el cortijo grande se acordaron de la anciana pero nadie subió a verla. Todos acordaron en que ya irían otro día con la idea de convencerla para que se fuera al pueblo”.

Y ahora, sólo hace un momento, he bajado del rincón y la llanura en lo alto del cerro y donde estaba la casa pequeña, blanca y de viento ¿sabes lo que mis ojos han visto? Nada más que suelo y la llanura llena de pasto y donde el ciruelo, las piedras de las paredes rodando, zarzas por el huerto, muchos pinos junto a la fuente, muchas ramas secas de los viejos majuelos y luego silencio, soledad, el azul de tu cielo y luego la lejanía donde las nubes y en lo más alto del cerro y algún tizón

de aquella lumbre todavía rodando y negro y los caminos borrados y el chorro del arroyuelo que ellos también tenían, saltando limpio y ajeno y luego más soledad y en la ausencia, su recuerdo y su perfume con su cara de madre hermosa y su beso en la mejilla de la hija que se va y también es bella y después más ausencia y ya el silencio y contigo y la sierra y la fuente y mi corazón y su sueño y mi sueño.

Y ahora estoy sentado en este sillón de piedra que aquí, entre el arroyuelo, Tú me has preparado y miro al valle y a las hojas del bosque que caen al suelo y me voy por la ladera siguiendo al viento y las veo a ellas afanadas en sus luchas y su cortijo y ellos y te miro a Ti y miro al cerro y me abrazo a las nubes y lloro y me aferro a la vida, a mi ilusión, a mi sueño y te digo y me digo que si aquello era bueno y, además limpio, noble y bello ¿Por qué tuvieron que irse y las cosas fueron como Tú y yo sabemos?

Y aquí estoy sentado, entre las hojas del bosque denso y respiro y te palpo y miro a lo lejos y donde la sierra limpia y verde y el sol esparce sus reflejos, te sigo

viendo a Ti y los veo a ellos y después de tanto, me convenzo que ahí están contigo abrazados y para siempre eternos.

NOTA DEL AUTOR

Esto ocurrió de verdad en las montañas y sierras del Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas. A los cortijos y aldeas de aquellas sencillas personas, los hundieron. Pero ellos, ya lo he dicho, siguen vivos y para siempre palpitando en las fuentes y hojas de los bosques y también en mi corazón y en el amoroso beso de Dios.

DICEN QUE LO VIERON
poema para ser interpretado

	Los personajes
Por las cumbres blancas	- **Narrador**
de la hierba verde	- Narrador
y rocas de plata,	- Contrarios
entre las praderas	- Voz en off
que el sol mudo baña,	- PERSONAJE
dicen que lo vieron	- Amigos
aquella mañana.	- HERMANA

Iba mudo y solo
rozando las ramas
de los viejos enebros
y pisando las veredas
que dejan los ciervos,
gozando y bebiendo
el silencio de escarcha,
el viento que subía
desde la cascada
y la rota sinfonía
de la tierra amada.

- Contrarios

- ¿Adónde vas tan triste
pastor de esmeralda
llevando entre tus manos
las fuentes que cantan
en noches de estrellas
que brillan y se apagan,
los cantos de los grillos
en las noches de agua,
las voces de tormentas
que cruje y estallan,
los ríos de la sierra
que saltan y cantan,
y el verde de la hierba
con la flor que engalana?

¿Adónde vas tan triste
pastor de esmeralda
tan solo y tan sangrando
por la luz del alba?
¿Es que sabes hoy
que en la gran montaña
tu hermana se muere
y DE LA TIERRA AMADA

A TI YA TE ECHAN
cual ladrón canalla?
Pues si sabes esto,
pastor de esmeralda,
cosa que es verdad
y en silencio guardas,
vete a donde ella
y la besas y la abrazas
y en la misma negra pena,
sangre y misma llaga,
os morís ya los dos
en vuestra tierra santa.

Pero antes de tu muerte
y antes de tu marcha
deberías hablar
y gritar por las claras
para que sepa el mundo entero
qué es lo que te matan,
cual es el amor
que arde en tu alma
y qué es lo que te han hecho
los que bien te aman.

Deberías hablar,
pastor de esmeralda
y que sepa el mundo
de tu odio y rabia
por lo que sientes injusto
y como te machacan
igual que a un miserable
que estorba y que mancha
y por eso se le ignora
y se le encierra y calla
lejos de su centro
y de su tierra amada.

Antes de morir
o de irte de espaldas,
pastor, hombre noble,
grita y estalla
y di lo que sientes
y como vil te matan
de la forma más cruda
para que al fin te vayas
y contigo te pudras

en el dolor de tu alma
y que ahí se pudra también
cuanto sueñas y amas.

Por las cumbres altísimas **- Narrador**
de la hierba en rama
y las sombras de pinos,
dicen que pasaba
enganchado a las horas
de aquella mañana
y al hablarle los hombres
reía y miraba
como a quien la vida
a chorros se le escapa
y luego seguía
llorando la escarcha
y bebiéndose a caños
la profunda y ancha
sierra que en sus manos
como un mar quemaba.

En la tarde limpísima
del aire templado

y nubes chiquitas,
dicen que lo vieron
solo caminando
por donde nace el río
y crece en los prados
el mastranzo y la menta,
juncos y manzanos
junto con la hierba
y los largos álamos.

Por donde mana la fuente
de la miel y el canto
y tienen los pastores
sus huertos y ajos,
entre los tomates
y verdes garbanzos,
por ahí dicen que lo vieron
caminar despacio
en la tarde limpísima
y el viento de nardo.

Y que iba en su alma
al cielo rezando

y en sus ojos de nácar
mil mares llorando
de valles y de montes
y de flores bailando
al paso de los féretros
que iban desfilando.
Dicen que lo vieron
¿qué, Dios mío, buscando?

Dormida en su corazón **- Voz en off**
la lleva como princesa,
como perfume de sol
o como fuente fresca
que mana y corre cantando
canciones bellas.

Dormida en su corazón
día y noche la pasea
por los caminos que se borran
en los valles de la sierra
y por las calles del pueblo
que bien se quedaron llenas
del aroma que dejó

cuando fue por esta tierra
y también la pasea dormida
por donde en viles peleas
los hombres de las ciencias altas
la llenaron de miseria
rompiéndole el corazón
y sus sueños de azucena.

Dormida la lleva él
en su corazón y pena
soñándola toda hermosa
cual recién nacida hierba
o cual purísima rosa
dueña de la primavera
y mientras la lleva, llora
le ama y mudo la besa
sabiendo que la mataron
por ser toda hermosa, ella.

Siguiendo los pasos **- Narrador**
de la hermana bella,
la que quiere tanto
y lleva en sus venas

en fuego quemando
dicen que lo vieron
por donde nace el río
y tiemblan los álamos
y como herida fiera
su dolor gritando:

- Hermana querida, **-PERSONAJE**
aroma de prados
de ojos limpísimos
y de dulce labios
¿dime qué te han hecho
que ahora te han dejado
sin sueños y sin rumbo
y por dentro sangrando?
¿Dime que te han hecho
amor mío sagrado
que hasta la tarde de hierba
conmigo está llorando?

Mi rincón pequeño,
el que exacto sabe de tu alma bella
tu sonrisa limpia y tus juegos

en las tardes silenciosas de la tierra,
hoy se queda solo,
añorando, conmigo, tu presencia
y recogido en el perfume dulce
que por aquí, esparcido dejas.

Mi rincón pequeño,
por el que tantas veces fuiste como estrella
dando luz y besos
cual rumor de fuentes en primavera,
aquí se queda ahora
de ti preñado y en la espera
que Dios lo recoja en su regazo
y donde la hermosura es eterna,
lo guarde y lo conserve intacto
hasta el día nuevo en que vuelvas
o sea la resurrección final
de los sueños que las buenas almas sueñan.

Mi rincón pequeño,
el que tantas veces tú hiciste primavera
con sólo estar en cuerpo
y el perfume que trajiste de la hierba,

aquí se queda ahora
palpitando con el viento que lo besa,
saboreando el último latido
del amor que abrazándolo, le dejas,
preñado de ti hasta lo hondo
y bañado finamente de tristeza
sabiendo que mañana no estarás
aunque bien sabe Dios que estarás eterna.

Mi rincón pequeño,
hermana que fuiste pura luz
que Dios me regaló desde la hierba,
hoy llora conmigo, sin querer, tu ausencia.

Dicen que gritaba **- Narrador**
loco y a lo ancho
a la luz del cielo
y a los hombres de abajo
y seguía subiendo
con pasos quebrados
a las tierras altas
del azul amado.

Dicen que lo vieron
por donde corre el arroyo
hablando con el silencio,
cortando tallos de hierba,
dicen que lo vieron
contando las florecillas
que crecen junto al venero
y bebiendo agua fresca
entre juncos y romeros.

Subiendo por las veredas
que van desde el valle al cerro
dicen que aquella mañana
de primavera, lo vieron
solitario y pensativo
como si viviera un sueño
o como si viviera fuera
de la tierra y de su pecho,
caminando por el monte
y hablando con el silencio.

Dicen que lo vieron
y nadie sabe decir

qué nombre le tenían puesto
o si buscaba azucenas
por donde va el arroyuelo
que es por donde dicen, iba
hablando con el silencio.

Vestido con la pana vieja,
lleno de tierra y remedado,
manchado de verde hierba
y con trescientos agujeros
que enseñan las carnes secas,
dicen que aquel día lo vieron
por el campo y sin vereda.

- Por más que quieras quedarte **- Contrarios**
hecho aroma por la tierra
no será real tu sueño
si no te pones y encuentras
a quien sí puede ayudarte
si de rodilla, lo besas.
Y guardan silencio los bosques **- Narrador**
por donde se le queda en piezas
el alma y el corazón

y la sangre de sus venas.

- Bien poco te costaría **- Contrarios**
adular, como lo hicieran
los que van delante y detrás
y junto a ti, por la derecha
y lo digo por tu bien
a fin de que no te fueras.
Y el rincón guarda silencio **- Narrador**
frente al sol y las estrellas
mientras le late en su pecho
la sangre, como si fuera
pana añosa y remendada
manchada de verde hierba.

Dicen que lo vieron
subiendo por la cuesta
que cae desde el cerro,
pisando la hierba
y bebiendo en silencio
el sol de la tarde
que le daba besos.

- Te sientes pastor **- Contrarios**
y eres extranjero
por tierras y caminos
que te arrancan queriendo.
Habla si no y di
si es mentira o cierto.
Dicen que en la tarde **- Narrador**
dejaba que el viento
le diera su abrazo
mientras iba muriendo.

Y dicen que en la cumbre
del azul intenso
y las rocas calizas
que miran a lo inmenso,
se paró y sentó
y abriendo su pecho
rezaba y lloraba
viviendo y muriendo.

"Cuídala tú, Dios mío **-PERSONAJE**
y dale siempre tu beso,
cólmala de gozo y vida

y permite que en su seno
florezca luz y hermosura,
el perfume de tu incienso,
el amor de tu ternura
y todos sus benditos sueños.

Cuídala tú, Dios mío
y dale siempre tu beso
y a la que tanto le han roto
hasta cruel y queriendo
constrúyele un edén
en su corazón tan bueno
y que sea ante tus ojos
un jardín florido y bello
donde anide el amor
en rocío que destile cielo
para que siendo la sencilla
entre tantos tuyos pequeños
sea la hermosa a tus ojos
y la bien amada en tu pecho.

Cuídala tú, Dios mío
y dale siempre tu beso,

abrázala en tu calor
de creador y padre bueno
para que la hermana de la luz
que tanto estamos queriendo
ande su camino en la noche
y llegue, en el día, a buen puerto
con las manos llenas y el corazón
de ti hasta el borde lleno.
Cuídala tú, Dios mío
y dale siempre tu beso".

Tumbado a la sombra fresca **- Narrador**
del pino viejo entre nubes
dicen que la tarde aquella
le vieron en la soledad
bebiendo su gozo y pena.

El viento juega y le canta
por entre sabinas y piedras
y por ahí también pajarillos
le cantan a la primavera,
a las flores de majuelos,
a color verde de la hierba

y a la soledad sonora
que honda mana y chorrea.

Tumbado a la sombra tibia
del gran pino de la cresta
abre sus ojos y mira
a la extensión de la tierra
y aunque está triste por dentro,
siente gozo mientras reza
y abraza en su corazón
otra vez a su amada sierra
que se le hace emoción
tumbado a la sombra fresca.
Y dicen que los pajarillos
le hablaban de esta manera:

- Aquí quedará en su tierra **- Amigos**
la hierba que tú pisaste
cuando ibas por las sendas
cual sombra de sueño errante
besando el frío de las piedras
que en tu corazón amaste.

Quedará por aquí en silencio
una tarde y otra tarde
los rayos blancos del sol
que en los valles abrazaste,
el azul del mundo inmenso
que sobre las cumbres grandes
bebiste a tragos densos
en los hermosos instantes
y quedará por aquí en tristeza
las nubes y el mismo aire,
gritando siempre tu presencia
de sombra de sueño errante.

Aquí quedará en su tierra
sin el cariño   de nadie,
por los valles, la pura hierba
que al ir por ella, pisaste
sabiendo ella y las flores
que tú querías quedarte
entre sus tallos y olores,
mas tuviste que marcharte.

Y dicen que desde el azul   **- Narrador**

las nubes le preguntan:
“Cuando tú te vayas **- Amigos**
¿quién vendrá a traer el cielo
cada mañana?
¿Quién rociará aire fresco
al llegar el alba
o quién cada día vendrá
animando al alma?

Tu sonrisa de fuentes
manando su agua
siempre sembrando esencia
que honda empapa
o tu aliento de primavera
madura y ancha
¿quién lo esparcirá por aquí,
por el rincón que calla
a partir del día gris
en que tú te vayas?

¿Quién vendrá a traer el cielo
cada mañana
con sus bocanadas de aire nuevo

que dulce salva
a partir del momento triste
en que tú te vayas?
A partir del momento exacto
en que tú te vayas
¿quién vendrá por aquí
cada mañana?”

Y la tarde se le hizo hierba **- Narrador**
al ir por la tierra amada
de la luz de la pradera
y se le llenaron los ojos
de la soledad sincera
que desde el día redondico
locamente le besaba.

Se le vio subir en solitario
por la llanura pequeña
que viene desde el arroyo
para el rincón de la hiedra.
- Pastor del hondo cariño - **Contrarios**
a la que sientes tu tierra,
al fin se te acaba el mundo

y a otros rincones te llevan
para que mueras y pudras
como muere una pavesa.
Y el pastor guarda silencio **- Narrador**
porque son palabras ciertas
las que le gritan y aplastan
un poco más en la miseria.

Al ir por la tierra suya,
la tarde se le hizo hierba
y se le llenaron los ojos
de la luz de las praderas
y en la soledad del día
que le besaba sincera
rezaba en su corazón
de esta manera:

"Y entrégame el abrazo que tanto soñé **-PERSONAJE**
sin que nadie lo sepa, sino Tú, Dios mío,
cuando sea el momento de tu beso puro,
cuando Tú me saques de este cuerpo mío
y me lleves por fin al amor que esperé,
que sea en una noche y de invierno frío

cuando todos duerman y yo duerma también
para que nadie sepa que por fin me he ido
sino el viento claro que me supo bien
y Tú, a quien de verdad, sincero he querido.

Cuando sea el momento de entregar mi vida
y dejar para siempre este suelo frío
donde tanto he llorado en mi soledad
detrás de los montes, solo y escondido
para que nada ni nadie me pudiera dar
lo que nadie podrá, sino Tú, Dios mío,
que sea en una noche, mientras esté durmiendo
arrullado por el canto que mana del río
y besado por la sombra de las nubes blancas,
los únicos que fueron hermanos y amigos.

Llévame, Señor, cuando a Ti te plazca
o cuando por fin sea el tiempo cumplido
y entrégame el abrazo que tanto soñé
sin que nadie lo sepa, sino Tú, Dios mío".

Cuando el día culminaba **- Narrador**
su blanco ascenso hacia la luz

y hermoso se derramaba
desde el hondo cielo azul
por toda la tierra amada
que le regalaste Tú,
se le vio que coronaba
la cumbre de la hierba verde
por donde mora su alma.

Se le vio sentarse en la roca,
sillón sobre la atalaya
y mientras dejaba que el viento
a sus anchas lo abrazara
abrió sus ojos a lo ancho
y como muriendo miraba
a la inmensidad del espacio,
sierra hermosa y engalanada
de Dios y de eternidad
y de fuentes que a Dios cantan.

“Gracias, porque me permites **-PERSONAJE**
que en los bosques vea tu cara
y porque sin yo merecerlo
una vez más me regalas

la hierba verde de la cumbre,
el sol, con luz y mañana
en este silencio delicioso
que sólo para mí preparas
cuando me voy al encuentro
del abrazo con la hermana
que me diste desde la hierba
aquel día con el alba
y me mataron los hombres
que llaman de las ciencias altas
sólo porque ella era buena
y por dentro y fuera, guapa
y limpísima como el rocío
en hierba por la mañana".
Se le oyó que en su corazón **- Narrador**
sincero a su Dios rezaba
cuando en su blanco ascenso hacia la luz
limpio, el día culminaba.

Y se le ve en la tarde lluviosa
del mes de abril primaveral
pisando la hierba y rocas
que caen por el puntal

desde la redonda loma.

- En estas horas apagadas **- Contrarios**
de la soledad sonora
en tu sierra amada
y cuando tanto el alma llora
de tanto respirar la amarga
monotonía negra y honda
¿adónde vas pobre pastor
todo lluvia y todo sombra,
barro y frío que te quema
en tu noche de amapola?

Y tembloroso el pastor **- Narrador**
tragando la última gota
de su esperanza desvaída:
- Voy conmigo y voy a solas **-PERSONAJE**
como tantos días en mi vida
hacia el puntal de las rocas
desde donde se divisa
la dicha que me enamora.
- Pues la puerta está cerrada **- Contrarios**
y te pesa tanto la soga

de la vida que ya no vives
que te mueres gota a gota.
¿Acaso piensas despeñarte
desde el filo de las rocas
para así acabar por fin
con lo que tanto te ahoga?

- La hermana mía, **-PERSONAJE**
lo es desde la hierba
y nació una noche fría
cuando mi grandiosa sierra
se cubría en blanco velo
de fina nieve y esencia
que era presencia de cielo
con amor del Dios que besa.

La hermana mía,
cuando todavía pequeña
se pasaba el día
jugando por las riberas
que adornan las diamantinas
aguas primeras
de la fuente azul que da vida

al río de la sierra
y en sus ratos libres,
la hermana princesa
se iba siguiendo a la madre
por las praderas
de la hierba donde pastan
sus mil ovejas.

Se empapó la hermana de viento
fino de sierra,
de soledades profundas
con luz de estrellas,
de nubes blancas y algodonosas
y de tormentas
y también de hielo y nieve,
rocío en perlas
por donde Dios la enamoraba
en una dulzura intensa
y por eso germinó su alma
en virgen azucena.

Y cuando la hermana mía
de fue a donde los hombres

tienen sus ciencias
buscando enriquecer su espíritu
tal cual Dios quisiera,
trabajó ella con tanto ahínco
interés y fuerzas
que se aprendió todos los libros
y cosas buenas
que unos y otros le decían
y fue primera
no sólo en notas y proyectos
sino hasta en sinceras
sonrisas limpias de Dios
y acciones bellas
a todo su alrededor
y siempre a cualquiera,
fuera amigo o enemigo
o del color que fuera.

Pero la hermana mía
estando ella
sembrando y repartiendo amor
a diestras y siniestras
recibió el bofetón

de la envidia fea
y la clavaron en la cruz
cual vil pelleja
y después de dejarla sola
con la herida abierta
la aislaron en los campos
tras las ovejas
donde a ella la vi llorando
en la tarde aquella
en que se moría a chorros grandes,
pobre princesa,
despreciada de los hombres buenos
y las altas ciencias
que es donde la habían llenado
de la gran miseria,
de los rencores más raros
y la envidia añeja.

Y al verla en aquel dolor
y muerte tremenda:
“A ti, hermana mía que lloras
y cuando vas tras tus ovejas
tus piernas se quedan flojas

porque le faltan las fuerzas
aunque en el alma te sobra.

A ti, hermana hondísima
en mi espíritu y las horas
que Dios me viene regalando
contigo como amapola
y a la que algunos han roto
como se rompe una soga
de esparto o de guiñapos
y te han dejado luego sola
con tu dolor en las carnes
que te roe gota a gota
y con tu herida en el alma
donde Dios complacido mora.

A ti, la vil despreciada
por ser en redondo hermosa,
te pido agarres a Dios
y aunque no quieras, perdona
que en el dolor del desprecio
y en el de la carne rota
es donde se enriquece el alma

y el fino amor se acrisola.
Así que saca provecho
hermana mía primorosa
del cobarde y vil desprecio
que te han hecho, siendo rosa".

Y la hermana mía me dijo
con la fuerza de las olas:
- Ni riquezas ni dinero **- HERMANA**
me dan alegrías sabrosas
ni tampoco yo las quiero,
quiero acciones cuyas obras
sean de sentir sincero
porque se alzan y apoyan
en el Dios que se lleva dentro
y quiero que me dejen ser
en la libertad y lo bueno
que Dios plantó en mi corazón
cuando yo era niña y juego
porque esa verdad es la mía:
el cariño y el respeto
y la limpieza de los míos
que por aquí me regaló el cielo.

Y luego ella preguntó:
- ¿Es también lo tuyo cierto?
Porque he oído que te destierran
a otro lugar bien lejos
de esta mi sierra y tu sierra,
sangre que alimenta el cuerpo.
Y le dije yo a la hermana:
- Sesenta años después
y casi al otro lado del tiempo,
lo de aquel amigo mío,
el que era tan bueno
que lo sentía yo como carne
y vida de mi propio cuerpo,
sesenta años después,
aun vivo, lo recuerdo.

Era por la mañana
y él estaba en su cerro
redondo cual melón maduro
que destaca entre el resto,
y estaba con sus animales
como tantos otros mil momentos

y llegaron los crueles
y le dijeron:
- A partir de aquí,
aquellas rocas y aquel fresno,
desde hoy, tienes prohibido
volver a pisar el suelo.

Y mi amigo les dijo
que no tenían razón ni derecho
y luego él se calló
y por dentro
se llenó de una amargura tan grande
que ya se sentía muerto.

Sesenta años después
triste aun lo recuerdo
y como si ahora mismo fuera,
claro y vivo lo estoy viendo:
mi amigo abandonó la tierra
y cuando iba por el vallejo,
llorando él caminaba
y a la vez, diciendo:
- Tengo que perdonarlos

aunque amargo sea el destierro
porque el amor que yo le tuve
a mi bonito cerro
no consentiré que nunca
se convierta en oído negro.

Sesenta años después
aun vivo, lo recuerdo
y al amigo que era carne conmigo,
como al primer, día lo quiero
y, con aquella tristeza suya,
aun hoy yo sigo muriendo.
- ¿Pero es verdad o no
que al fin te echan de este suelo?
Porque si te vas
y yo me muero
¿como podré seguir en la tierra
cada día amaneciendo?
Y tuve que sujetar las palabras
y pudrirlas en el silencio.

La hermana mía, **- PERSONAJE**
no dijo más

porque se estaba muriendo
en la limpia soledad
de su mundo bello
aunque en el abrazo de Dios
y de Él también su beso.
Tenía roto el corazón
y ahí, destrozado el sueño
que de pequeña soñó
y en las tripas de su cuerpo
tenía agujeros rojos
por donde a chorros doliendo
se desangraba gota a gota
solita ella por el cerro
tras sus ovejas y la brisa
de aquel agosto tremendo.

Por las cumbres blancas **- Narrador**
de la hierba verde
y rocas de plata,
entre las praderas
que el sol mudo baña,
dicen que lo vieron
aquella mañana

y todavía una oración
al cielo rezaba:

“Cuando ya no esté, Dios mío, **-PERSONAJE**
y el río del edén siga corriendo
con la transparencia que lo he conocido
y con la luz y gozo que me daba contento
desde aquella primavera que me lo encontré
chiquitico, allí donde duerme el viento,
para cuando ya no esté, Dios mío,
sólo tres cosas pedirte ahora quiero:

Permíteme que cada noche sueñe
con este río que aquí me dejo
y permíteme que sienta el rumor de su corriente
con la misma claridad que hoy la siento
para que mi corazón enamorado
no se muera de tristeza en aquel destierro.

Permíteme, Creador de las estrellas,
que cuando esté soñando este dulce sueño,
pueda percibir el olor de las montañas
que dan vida al que es el río más bello

y permíteme que pueda coger
los juncos y las ramas de los fresnos
para que en aquella distancia amarga
siga un poco más vivo, aunque esté muerto.

Permíteme, amado Dios de mis entrañas
que cuando ya no esté y me alimente con el sueño,
encuentre cada noche un prado limpio
y un poquito de hierba junto al sendero
para refrescar las sangre de mis venas
y seguir creyendo, que aunque muerto,
vivo todavía por estas riberas
donde recibí de Ti aquel tan hondo beso
y por donde jugó la hermana de la hierba
que tan honda en mis venas lloro y llevo".

Y dicen que lo vieron **- Narrador**
yendo mudo y solo
rozando las ramas
de los viejos enebros
y pisando las claras
veredas de los ciervos,
gozando y bebiendo

el silencio de escarcha,
el viento que subía
desde la cascada
y la rota sinfonía
de la tierra amada.